

---

## Libros

---

# “Los años del Pistolerismo” barcelonés

**Eduardo de Guzmán**

**P**ARA nadie constituye un secreto que nada ignora tanto el español medio como su más reciente historia laboral y política. El hecho no puede sorprendernos sabiendo que hasta fecha muy reciente nuestros textos escolares concedían un máximo espacio a todo lo acontecido en España durante los siglos XVI y XVII, mientras resumían en pocas líneas, cuando no lo silenciaban por completo, todo lo sucedido durante la centuria pasada y muy especialmente la actual. Dentro de la ignorancia general de los aspectos esenciales de nuestro vivir ciudadano sobresalen algunos períodos sobre los que se han tenido tantos velos desfiguradores que incluso los interesados en el tema tropiezan con enormes dificultades para dar con la verdad pura y simple.

Entre esos períodos de silenciamiento y ocultación sistemática figuran en primer término, naturalmente, las repetidas y prolongadas etapas de dura, de inhumana represión contra las clases trabajadoras a lo largo de los últimos cien años. Hablando de ello precisamente, un historiador nada sospechoso de extremismos revolucionarios, Miguel Martínez Cuadrado, expresa claramente su opinión al respecto escribiendo en la obra «La burguesía conservadora»: «Un punto negro para la historia de la restauración: el abuso en recurrir a estados de excepción y de guerra para contener las reivindicaciones de las clases sociales discrepantes del orden burgués.» «El examen de las medidas de

ese carácter y la contundencia con que fue aplicado resulta abrumador. Las fuerzas de Guardia Civil, Policía y Seguridad, junto con el ejército, intervienen en la defensa del orden público, recibiendo órdenes generalmente radicales y excepcionalmente moderadas. Ello explica la serie inacabable de muertes violentas, las severas instrucciones a la Guardia Civil por las que los máuseres oficiales disparan con sorprendente ligereza, las fuertes condenas y las frecuentes ejecuciones capitales: la represión sobre los discrepantes obreros. Desde la “Mano negra”, en 1882, hasta las bárbaras luchas de 1917 a 1923, la historia gubernativa del Estado liberal no es precisamente una historia rosa. Represión agraria en los años ochenta en Andalucía; represión anarquista en Cataluña y Andalucía en los noventa; freno al sindicalismo socialista y anarquista entre 1907 y 1923.»

Del período que transcurre entre el final de la primera guerra mundial y la implantación de la dictadura de Primo de Rivera, el más espeluznante y desconocido de la historia del proletariado español trata a fondo un excelente libro recientemente aparecido, obra de investigación, trabajo y síntesis de un periodista catalán: León-Ignacio. «Los años del pistolerismo» es obra capital no sólo porque aclara muchos puntos oscuros de una de las etapas más tristes de nuestra vida nacional, sino porque demuestra la catadura moral de unas clases capitalistas capaces

de hundir a todo un pueblo en un baño de sangre antes de acceder a los legítimos derechos y aspiraciones de quienes con su esfuerzo contribuyen a sus exorbitantes beneficios en una etapa singular de la vida europea.

Sabido es que las luchas sociales han sido ásperas y en ocasiones sangrientas en no importa qué país y que la simple conquista de la jornada legal de ocho horas exigió cerca de un siglo de esfuerzos y sacrificios. Las clases capitalistas dominantes han defendido siempre con uñas y dientes la integridad de sus beneficios, aun sabiendo que con su actitud causaban la miseria y depauperación de las masa laborales, muchas veces constituidas por mujeres y niños menores de diez años. No ignoramos ni las injusticias ni las tropelías padecidas por los trabajadores ingleses en los comienzos de su revolución industrial ni tampoco la suerte que corrieron en épocas semejantes los proletarios alemanes, austríacos, belgas y franceses. Nadie ignora los procedimientos del capitalismo americano utilizando grupos de matones para romper las huelgas u organizando siniestros complots de los que los mártires de Chicago o los casos de Sacco y Vanzetti constituyen la más elocuente muestra.

Pero aun teniendo en cuenta todos esos dolorosos antecedentes, preciso es reconocer que en ningún tiempo ni país las organizaciones patronales, con la colaboración y complicidad de las autoridades gubernativas, llegan a extremos tan increíbles y vergonzosos como los que se suceden en Barcelona entre 1915 y 1924. Que las clases dirigentes, con la ayuda de la propia Policía, organicen unos llamados sindicatos libres

integrados por maleantes y esquirolas para enfrentarlos a las organizaciones proletarias, armándoles con pistolas y proveyéndoles de patentes de inmundicia para asesinar a los trabajadores organizados, resulta tan increíble como las deportaciones en marcha, las conducciones por carreteras de un extremo a otro de la geografía peninsular con la muerte de una mayoría de los forzados caminantes y muy especialmente que sean las propias autoridades quienes ideen, preparen y pongan en práctica la siniestra ley de fugas, supera nuestra capacidad de comprensión y caemos fácilmente en la tentación de creerlo simplemente fruto de una dantesca pesadilla. Basta y sobra con recordar que víctimas de este terrorismo, iniciado por el propio Estado, perecen más de quinientas personas, cuyos nombres y apellidos aparecieron en la prensa de la época para convencerse de que este horror fue, aunque hayan desaparecido ya la inmensa mayoría de sus contemporáneos.

En los más de sesenta años transcurridos desde que esta barbarie tuvo lugar se ha procurado echar sobre los hechos toneladas y toneladas de olvido. De vez en cuando se recuerda y menciona los nombres de algunos que cayeron víctimas de la reacción desesperada de los trabajadores; de estos, que constituyen más de las tres cuartas partes de los muertos, se procura pasar en silencio aunque sean figuras tan capitales en el movimiento obrero español, como Salvador Seguí y Evelio Boal, o políticos de la talla del desgraciado Francisco Layret. Aunque sólo fuera por recordar esta etapa y hacer un ligero balance de sus víctimas ya merecería la pena leer con detenimiento y atención «Los años del pistolero».

Con admirable tesón y buena voluntad, León-Ignacio ha dedicado años enteros a re-

construir esta etapa. Se ha valido, fundamentalmente, de una labor escrutadora de la prensa que se publica durante este tiempo, esencialmente en Barcelona, recurriendo, cuando le es posible, al recuerdo y testimonio de los pocos supervivientes. Su labor no puede, en modo alguno, tacharse de parcial en favor de las organizaciones obreras, la CNT esencialmente, que es quien lleva el peso de la contienda y la que cuenta con una mayoría abrumadora de muertes. Sí, acaso, podría ponerle la tacha, dentro de su indudable deseo de objetivar, de inclinarse ligeramente del lado contrario y ello por razones fácilmente comprensibles. La prensa obrera de esta época, como en todas, es muy inferior en publicación y difusión de la que defiende los intereses de las clases privilegiadas; por otro lado, sometidos todos los periódicos a la previa censura durante gran parte del período, las informaciones que se publican tienen casi siempre un cariz gubernamental, cuando las autoridades son tan calificadas como los tristemente famosos generales Martínez Anido y Arlegui. Por muchas que sean las reservas con que un informador moderno se enfrenta con aquella prensa, fatalmente se sentirá influido por el tono y la abundancia de las noticias y comentarios contrarios a los elementos trabajadores.

Pese a estos ligeros reparos,



no por completo imputables al autor, repetimos que «Los años del pistolero» es una obra valiosa merecedora de ser ampliamente conocida y divulgada. En ella señala con precisión los orígenes de la gran tragedia: los fabulosos beneficios de la industria catalana durante la primera guerra mundial y su brutal negativa a que los trabajadores pudieran mejorar sus miserables condiciones de vida. Hace especial hincapié en la huelga de la Canadiense —hecho de capital importancia en las luchas sociales barcelonesas— y del recurso de la patronal a las bandas de maleantes —utilizados durante la guerra por las embajadas de los países beligerantes para sabotear los envíos al adversario—, convirtiéndoles en rompuehuelas y asesinos de trabajadores. Luego, cuando los obreros no se doblegan y continúan su lucha, utilizando a veces procedimientos iguales a los empleados por las bandas de Bravo Portillo y el falso barón de Koenig, se solicita y encuentra el auxilio de las autoridades gubernativas para que participen activamente en la contienda entablada. En ese aspecto adquieren pronto la más triste celebridad un gobernador civil de Barcelona —Severiano Martínez Anido— y un jefe de policía —el general Arlegui—. Lo que entonces sucede en Barcelona a lo largo de unos años supera con creces todo lo que en esa misma época ponían en práctica los *gangsters* de Chicago, o, posteriormente, los escuadristas del fascismo italiano o los «camisas pardas» del nazismo alemán.

«Los años del pistolero» es una historia por igual increíble y espeluznante. Pero es una historia veraz, que antecede y explica muchos de los horrores de nuestra guerra civil y debe servir a todos de lección y escarmiento para que tales barbaries no puedan volver a repetirse en la vida pública española. ■ E. G.